

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel; DEL REY, Fernando
(eds.), *Vidas truncadas. Historias de violencia en
la España de 1936*

Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021, 592 pp.

David Jiménez Torres

Universidad Complutense de Madrid

Cómo citar esta reseña: JIMÉNEZ TORRES, David (2021). Álvarez Tardío, Manuel; del Rey, Fernando (eds.), *Vidas truncadas. Historias de violencia en la España de 1936*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (23), pp. 498-501, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.23.27>

«La historia de la vida política española durante el año de 1936 no es solo la de una confrontación de partidos o ideologías más o menos homogéneos y estructurados. Es también [...] una historia de individuos y vivencias personales ricas en matices y contradicciones».

Este pasaje de la Introducción de *Vidas truncadas* expone una de las perspectivas centrales del volumen: el interés por las trayectorias y las experiencias individuales. Con el añadido de que, en este libro colectivo dirigido por los profesores Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey, las trayectorias y experiencias se ponen en relación con las distintas violencias de 1936. Los ocho trabajos reunidos ofrecen, así, una suerte de microhistoria de la violencia que sacudió al país aquel año. No buscan esbozar una panorámica totalizante, pero tampoco se limitan a una sucesión de anécdotas o historias más o menos llamativas. Más bien realizan una serie de aportaciones de gran interés a un mosaico complejo, haciendo especial hincapié en una pregunta fundamental: qué continuidades y qué rupturas se pueden detectar a ambos lados del fatídico 17 de julio.

©2021 David Jiménez Torres



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0
Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

El primer capítulo, obra de Álvarez Tardío, se centra en las dinámicas de exclusión y violencia que se produjeron en Alcalá de Henares a partir de las elecciones de febrero de 1936. Una notable serie de coacciones políticas y peleas callejeras que, como argumenta el autor, guardaban relación con las rivalidades que habían surgido durante los años anteriores, y sobre todo tras las elecciones de 1933. Al mismo tiempo, estos episodios habrían influido en la represión que siguió al estallido de la guerra, durante la práctica totalidad de la cual Alcalá permaneció bajo control republicano. Las fuentes indican que dicha represión no fue algo importado desde fuera, sino que bebió de dinámicas endógenas. Desde muy temprano se llevaron a cabo registros, detenciones y asesinatos siguiendo un criterio de depuración ideológica: el autor documenta que «las víctimas fueron cuidadosamente seleccionadas entre los derechistas locales más destacados». Esto incluía a quienes habían integrado la gestora municipal nombrada tras la insurrección fallida de 1934, y también a muchos jóvenes vinculados con Acción Popular y Acción Católica, algunos de los cuales se habían visto implicados en las peleas callejeras que habían seguido a las elecciones de febrero.

La relación entre violencia política y fuerzas del orden es analizada por Sergio Vaquero en el segundo capítulo. Su novedad estriba en examinar el rol de los agentes como víctimas en vez de como victimarios. Para esto se analizan tres asesinatos que se produjeron en Madrid con posterioridad a la victoria del Frente Popular: el del agente de Investigación Jesús Gisbert, el del alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes y el del teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo. La reconstrucción de estos tres casos permite vislumbrar, por una parte, la grave quiebra del orden público que se produjo en la capital en la primera mitad de 1936. Los asesinatos actuaron, además, como factor de movilización de aquellos sectores políticos que se sentían más cercanos a alguno de los cuerpos o agentes en cuestión. Los cortejos fúnebres atrajeron a figuras de primera línea de la política nacional, y su propio desarrollo fue objeto de altercados violentos que dejaron nuevos muertos y heridos. De esta forma, los asesinatos de agentes del orden se insertaron en una espiral violenta que deterioraba la fe en las instituciones y en los propios organismos policiales, a la vez que ahondaban en la politización de estos.

El tercer capítulo, a cargo de Roberto Muñoz Bolaños, aborda el desarrollo del golpe de Estado en Madrid a través de dos generales que participaron en él: Rafael Villegas y Joaquín Fanjul. Sus acciones en julio de 1936 evidencian la limitada planificación previa en cuanto a quién debía liderar la sublevación en la capital, y permiten reconstruir la cadena de acontecimientos que terminó con el asalto al Cuartel de Montaña. Además, la reconstrucción de sus trayectorias

arroja luz sobre la diversidad de perfiles dentro del Ejército durante las décadas anteriores a la Guerra Civil, y sobre los cauces que siguió la desafección hacia la República. Villegas y Fanjul eran, según explica el autor, «dos *africanistas* muy diferentes»: el primero fue un personaje gris y centrado exclusivamente en el ámbito militar, mientras que el segundo cultivó un perfil intelectual y político –fue diputado *maurista* en los años anteriores al golpe de Primo de Rivera–. Dos personalidades dispares que, pese a todo, acabaron implicadas en el mismo lado del golpe y corrieron por ello suertes parecidas: Fanjul fue condenado a muerte en un consejo de guerra sumarísimo, mientras que Villegas fue asesinado en una de las *sacas* de la Cárcel Modelo.

En el cuarto capítulo, José Luis Ledesma examina la violencia que se produjo en julio de 1936 en la localidad aragonesa de Caspe. Los episodios que documenta van desde el arrebató asesino del capitán de la Guardia Civil que intentó liderar la sublevación en aquella zona, hasta la represión que llevaron a cabo los milicianos republicanos tras recuperar el control de la misma. El autor desarrolla de manera muy sugerente toda la potencialidad de un estudio de caso local, prestando atención a factores muy distintos con el ánimo de entender «qué era nuevo y venía de fuera, con una sublevación que devino en guerra, y qué estaba ya ahí desde antes abonando la tormenta». Se expone que las condiciones creadas por el intento de rebelión armada (y su correlato: la movilización para suprimirla) fueron determinantes, aunque esto no significa que los habitantes de aquella localidad estuvieran exentos de agencia, ni que se abstuvieran de colaborar en la violencia represiva.

Los dos capítulos que siguen, firmados por José-Antonio Parejo Fernández y Sandra Souto Kustrín, se centran en dos biografías ligadas al socialismo de la época: el lucense Agapito García Atadell y el italiano Fernando de Rosa. En ambos casos se analiza sobre todo la trayectoria anterior al 36 y, por tanto, previa a las actividades que estos dos personajes desarrollaron durante la guerra (García Atadell como figura destacada de la represión en el Madrid republicano; de Rosa como militar y eventual mártir internacional de la causa republicana). Los puntos de contacto entre sus biografías son tan sugerentes como las diferencias. Sus militancias estuvieron trufadas de detenciones, juicios y etapas de cárcel, pero mientras que el capítulo sobre García Atadell destaca su veta oportunista (por ejemplo, en su tránsito del PCE al PSOE y su fluctuación posterior entre las distintas facciones socialistas), el dedicado a de Rosa resalta la coherencia de una trayectoria de revolucionario cuasi-profesional, marcada por la llegada al poder de Mussolini. Ambas historias, en cualquier caso, tienen finales violentos: García Atadell fue ejecutado por los sublevados

tras un intento de fuga de la zona republicana, mientras que de Rosa murió en combate en el frente de Guadarrama.

Los capítulos escritos por Nigel Townson y Fernando del Rey aportan otra dupla biográfica de final luctuoso. Townson se ocupa del político republicano Rafael Salazar Alonso, titular de la cartera de Gobernación durante los meses previos a la revolución de 1934, mientras que del Rey se centra en el líder agrario manchego Andrés Maroto, actor importante en la movilización patronal previa a las elecciones de 1933. Ambas biografías arrojan luz sobre la evolución de la actividad política durante los años republicanos, y también sobre la represión en la retaguardia republicana. La detención y eventual condena a muerte de Salazar Alonso en el verano de 1936 se debió más a la animadversión que sentían hacia él las organizaciones revolucionarias, y al consiguiente miedo a que no respetaran la decisión del tribunal en caso de que fuera declarado inocente, que a la existencia de algún indicio de que hubiera estado al tanto de la sublevación. El asesinato de Maroto, por su parte, fue la culminación de una llamativa *caza*. El líder agrario se había refugiado en Madrid meses antes del estallido de la guerra pero, al comenzar esta, unos milicianos vinculados al gobierno municipal del Frente Popular de su localidad natal fueron a buscarlo, lo detuvieron y se lo llevaron de vuelta al pueblo, donde lo fusilaron sin que mediara juicio alguno. Como explica del Rey, siguiendo las tesis que desarrolló por extenso en su estudio *Retaguardia roja*, episodios como el de Maroto cuestionan la idea de una violencia puramente *caliente* en la retaguardia republicana, o producida al margen de las estructuras de gobierno.

En general, este volumen expone varios perfiles y dinámicas que ayudan a reconstruir el complejo mosaico de la violencia en la España del 36. Supone una valiosa aportación al campo, en la que destacan el rigor del trabajo de fuentes y la capacidad de poner una serie de trayectorias individuales en relación con algunos de los fenómenos más amplios de la España republicana y de la Guerra Civil.